



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

TREN A PAKISTÁN



Khushwant Singh
Tren a Pakistán
Traducción de Marta Alcaraz.



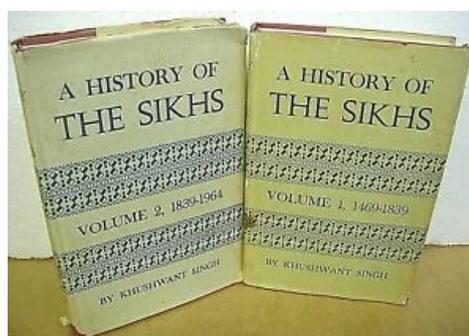
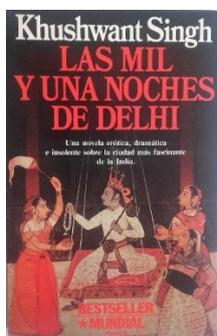
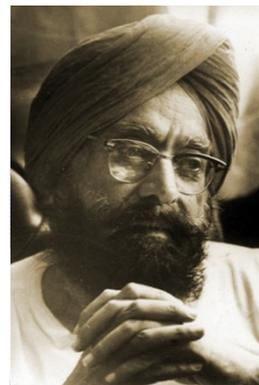
Khushwant Singh

Murcia

Khushwant Singh

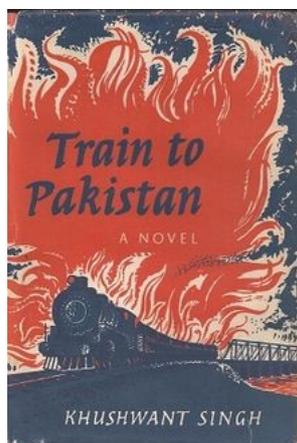
<http://www.librosdelasteroide.com/-singh-khushwant>

Khushwant Singh es uno de los escritores indios de mayor reconocimiento internacional. Nació en 1915 en Hadali (actualmente en Pakistán), y tras cursar estudios universitarios en Inglaterra, regresó a la India, donde ejerció como abogado y diplomático para el Ministerio de Asuntos Exteriores. En los años cincuenta inició una exitosa carrera como periodista que le llevaría a ser editor de algunas de las publicaciones más destacadas de la India, como el *Illustrated Weekly of India* (1979-1980) o el *Hindustan Times* (1980-1983).



Entre sus muchas obras literarias destacan una historia del sijismo, hoy en día de referencia, y las novelas *Train to Pakistán* (1956), *Delhi: A Novel* (1990), y *The Company of Women* (1999).

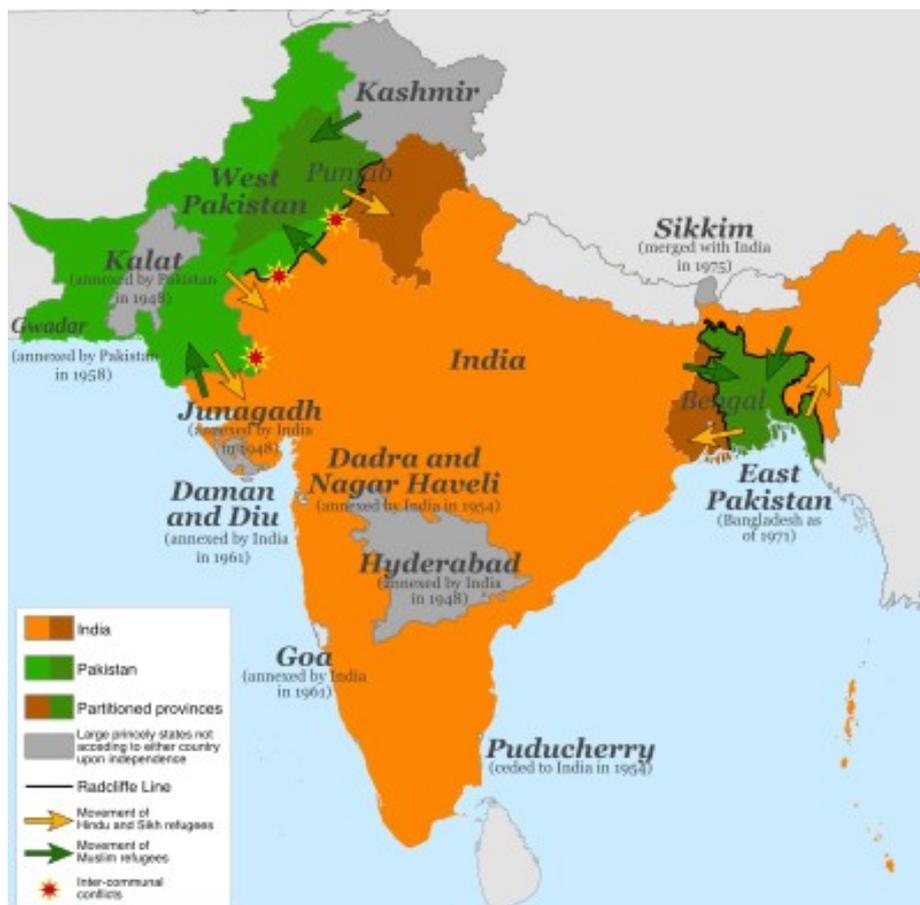
Ha sido miembro del Parlamento indio y uno de los intelectuales más prestigiosos de su país durante la segunda mitad del siglo XX.



TREN A PAKISTÁN, UN CLÁSICO DE LA LITERATURA INDIA

23 FEBRERO 2011

Tren a Pakistán, una de las novedades editoriales con las que Libros del Asteroide inaugura el año 2011, surge de una experiencia. En agosto de 1947, poco antes de la partición del Indostán en dos estados independientes, India y Pakistán, Khushwant Singh, abogado en prácticas en Lahore, se dirigía a la residencia veraniega familiar, al pie del Himalaya. De pronto en una carretera controlada por los musulmanes y casi siempre vacía, se encontró con un *jeep* cargado de sijs, que, a voces y llenos de orgullo, le relataron como acababan de asesinar a todos los moradores de una aldea musulmana. Fue a partir de esta experiencia y de otros testimonios como K. Singh decide escribir este clásico de la literatura india, publicado en inglés, la lengua franca del subcontinente.



Tren a Pakistán es por supuesto ficción, pero ficción que se basa y se incrusta en la realidad histórica, en lo acaecido en el Indostán, en la colonia

británica, en 1947: el terrible caos y la violencia provocados por la partición del territorio en dos países: un Pakistán musulmán y una India hindú. Lo que durante siglos había sido una convivencia pacífica entre hindúes, musulmanes y sijs de pronto estalló y se convirtió en una absoluta intolerancia que se extendió con la rapidez y virulencia del monzón. Los disturbios se multiplicaron generando oleadas de desconfianza en las tres comunidades, que se acusaban mutuamente de ser los causantes.



Millones de desplazados huyen de la muerte o son deportados a la fuerza. Y es el tren, una de las grandes imágenes icónicas de la India, el que servirá de medio para escapar de la barbarie y del horror. Pero hubo ocasiones en las que el tren se transformó en la máxima expresión del odio y del espanto: trenes cargados de musulmanes fueron asaltados por sijs, masacrando a todos sus ocupantes y enviándolo a su destino, Pakistán. Del otro lado, una respuesta igual de horrorosa y contundente: trenes cargados de sijs asesinados llegaban al territorio indio.

Basándose en esta realidad histórica, Khushwant Singh crea un texto narrativo, inyectando ficción en la realidad histórica. Como marcador semántico que es, desde ese momento todo queda sometido a las leyes de la ficción. En rigor, pues, no es esta una novela histórica. La historia queda anulada es verdad, pero la trágica y a la vez hermosa historia que narra K. Singh, la ilustra bellamente.

Quizás por eso el autor, en vez de narrar la partición del Indostán en términos políticos, focaliza su mirada en una remota aldea del Punjab, que todavía no se había visto contagiada por el miedo y la locura colectiva, profundizando en los acontecimientos locales y explorando sobre todo la dimensión humana de sus protagonistas, captando con aguda sensibilidad y describiendo con credibilidad

todo el horror que en ese lugar perdido se producirá. Es la aldea de Mano Majra, anclada en la artificial frontera que divide a los dos países.

Sus habitantes viven a ritmo del tren que pauta sus actividades, sus sueños y despertares en pacífica convivencia. Así había sido siempre hasta ese fatídico verano del 47. En esa fecha, unos bandidos (“dacoits”) asaltan la casa del prestamista al que roban y asesinan. Es el único hindú del pueblo, morador de una de las tres casas de ladrillo. El resto, musulmanes y sijs, viven sumergidos en la miseria. A partir de ese momento se desencadena la trama. Primero, la investigación policial y judicial por parte de los funcionarios locales, ineptos, corruptos y torturadores. Y un día, entre medianoche y el alba, arriba a la estación de Mano Majra un tren fantasmal proveniente del lado pakistaní, con un siniestro cargamento: miles de sijs asesinados. La aldea se convierte así en el cruce de caminos, de odios y en el paso del río que arrastra flotando hombres y mujeres bárbaramente destripados o mutilados.

Khushwant Singh, echando mano de una prosa suntuosa y envolvente y con un dominio perfecto del arte de la descripción detallada, entreteje con gran habilidad las peripecias individuales, enmarcándolas en este friso espantoso y demente. Y sobre todo nos acerca al lado humano de sus personajes, víctimas del incendio de la locura colectiva y de una estratificación social perniciosa, basada en las castas y en la religión, tal como nos muestra el siguiente párrafo:

«La India sufre de estreñimiento por haberse empachado de tantas tonterías. Tomemos como ejemplo la religión. Para los hindúes, significa poco más que las castas y las vacas protegidas. Para los musulmanes, circuncidarse y comer carne kosher. Para los sijs, llevar el pelo largo y odiar al musulmán. Para los cristianos, hinduismo con salacot. Para los farsi, adorar el fuego y alimentar a los buitres. La ética, lo que debería ser el meollo de cualquier código religioso, ha sido cuidadosamente eliminada».

<https://www.lne.es/cultura/2011/04/07/convoy-odio/1057273.html>

EL CONVOY DEL ODIO

Khushwant Singh recrea en *Tren a Pakistán* la locura violenta que se desató tras la partición del Indostán en el fatídico verano de 1947

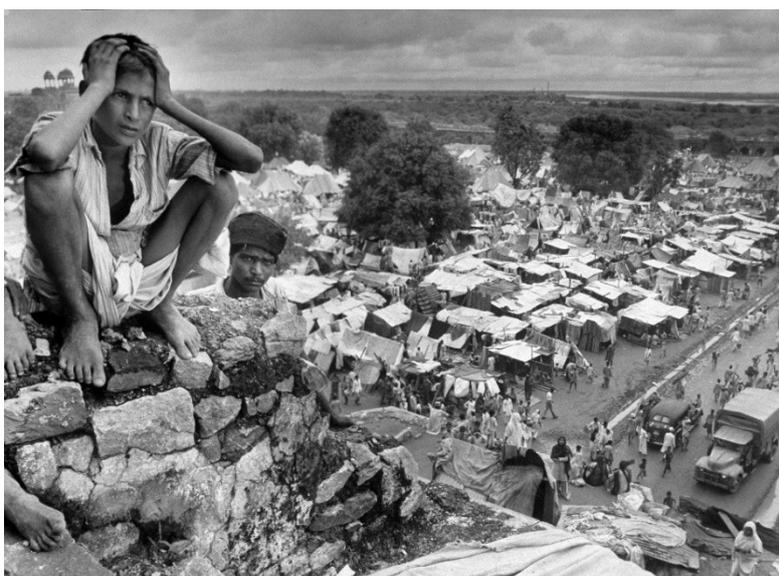
LUIS M. ALONSO | 7 ABRIL 2011

Hace más de medio siglo de ello, pero lo que sucedió en 1947 con la independencia y partición del Indostán entraña uno de los episodios más brutales y desgarradores de la historia. Un millón de hombres, mujeres y niños

murieron y otros diez fueron desplazados de sus hogares y pertenencias: el odio religioso entre hindúes, sijs y musulmanes se extendió y aún perdura, con matanzas y represalias que se suceden. La palabra partición no es más que un eufemismo al describir la sangrienta violencia que precedió al nacimiento de India y Pakistán inmediatamente después de que los británicos entregaran el poder.

El escritor sij Khushwant Singh, en la actualidad un venerable anciano, tenía poco más de treinta años cuando aquello y ejercía de abogado. Vivía en una región que ahora pertenece a Pakistán, en las estribaciones del Himalaya, cuando se vio obligado a dejar su casa y huir en dirección a Delhi con la familia. Con los recuerdos todavía frescos, escribió la novela *Tren a Pakistán*, un clásico sobre la materia traducido a decenas de idiomas, con numerosas reediciones, que se publicaría por primera vez en 1956, y que ha editado en español Libros del Asteroide.

Para entonces, Singh ya se había labrado la reputación como periodista que a sus 95 años todavía cultiva con respetados artículos y columnas semanales. A principios de la década de los ochenta llegaría a ser editor del «Illustrated Weekly of India» y del «Hindustan Times». También fue miembro del Parlamento indio y cada vez que tiene ocasión recurre a su autoridad moral para advertir sobre los riesgos del resurgimiento fundamentalista. «En este país cualquier excusa es buena para deshacerse del vecino que no comparte la misma fe», repite siempre que puede. La historia de la India desde la partición es la del ojo por ojo, según él. Se trata de un juego infantil y sangriento. Podrá resumirse en eso de «usted mató a mi perro, yo mato a su gato».



Campo de refugiados de Purana Qila, en Nueva Delhi
(Margaret Bourke-White / LIFE)

El propio Singh cuenta cómo sintió por primera vez que jamás volvería a su casa de Lahore cuando, unos días antes de declararse la independencia, y en el camino de 200 kilómetros que le conduciría a Delhi, por una carretera asombrosamente vacía, se encontró con un *jeep* lleno de sijs armados que se jactaron ante él de haber aniquilado un pueblo lleno de musulmanes. En aquella terrible arrogancia de los asesinos percibió el escalofriante eco de lo que pronto se iba a convertir la frontera, con la particularidad de que los sijs y los hindúes también serían víctimas de la locura.

La misma cruel y desolada locura que reflejó en las páginas de *Tren a Pakistán*, donde recrea la vida de Mano Majra, un pequeño pueblo del Punjab, y de su gente en ese fatídico verano del flujo incesante de desplazados y muertos.

«Cuando se supo que el tren había llegado cargado de cadáveres, sobre la aldea cayó un silencio amenazante. Los vecinos protegieron las puertas de sus casas con barricadas y muchos pasaron la noche en vela, hablando a media voz. Todos temían que la mano del vecino fuera a alzarse contra ellos y decidieron buscar amigos y aliados. No advirtieron las nubes que emborronaban las estrellas ni el olor húmedo de la brisa. Cuando se despertaron a la mañana siguiente y vieron que llovía, en lo primero que pensaron fue en el tren y en los cadáveres que ardían. La aldea entera estaba en las azoteas, mirando hacia la estación».

Los personajes de la novela están retratados con trazo firme. En poco más de doscientas páginas, el lector se familiariza con el reparto en el que figuran el juez del distrito Hukum Chand, el matón sij Jugga, Iqbal y el resto de personajes. La convivencia en el pueblo, hasta el momento pacífica, se enrarece con el asesinato del prestamista local hindú y la llegada de un tren con cadáveres, pero la población es superada por los acontecimientos cuando el Gobierno toma la decisión de transportar a los vecinos musulmanes de Mano Majra a Pakistán. Un pequeño convoy militar conjunto formado por sijs, beluches y patanes llega al pueblo y ordena la evacuación en diez minutos. El oficial musulmán cortésmente da la mano a su colega sij y pone en marcha la caravana rumbo a Pakistán. Los vecinos no tienen siquiera la oportunidad de despedirse. La pobreza en que viven los desplazados y la terrible incertidumbre a la que de repente se los arroja ejemplifican el desgarrador despedazamiento de un pueblo condenado por culpa de la intolerancia y del fanatismo religioso.

Triste libro sobre el odio, el dolor y la separación, de un hombre, Khushwant Singh, que no ha dejado un solo día de advertir acerca de la violenta locura fundamentalista.



RESILIENCE:1947 AN EVENING TO PAY TRIBUTE TO THE SPIRIT OF PARTITION SURVIVORS

Resilience: 1947
An evening to pay tribute to the spirit of Partition Survivors

Book Launch
&
Panel Discussion exploring reconciliation through
Art & Literature that emerged in the aftermath of the Partition.

Ajeet Cour
Anolie Ela Menon

These stories are important; they speak of the triumph of human spirit.
—KISHWAR DESAI

Divided by
PARTITION
United by
RESILIENCE

21 INSPIRATIONAL
STORIES FROM 1947

Museo de la Partición (Amritsar, India)

<https://www.partitionmuseum.org/>

<https://www.ideal.es/sociedad/gran-evasion-20170816232109-ntvo.html>

El 70 aniversario de la Partición de la India en dos Estados de distinta religión recuerda lo sucedido

GERARDO ELORRIAGA | 16 AGOSTO 2017

El 15 de agosto de 1947, quince millones de personas se despertaron en el lado equivocado. Muchos eran musulmanes que residían desde generaciones en el recién proclamado Dominio de la India, y otros era hindúes y sijs, miembros de un culto monoteísta local, radicados en las provincias que alumbraban la nueva Pakistán. Independientemente de su fe, todos eran conscientes de que permanecer en la tierra ancestral constituía un enorme riesgo para sus vidas. Los ánimos estaban caldeados en el vasto subcontinente indio tras los numerosos disturbios interreligiosos que habían tenido lugar en los últimos tiempos. A mediados de la década de los cuarenta del pasado siglo, Londres temía el estallido de la guerra civil en un territorio con casi 400 millones de habitantes. Tras casi tres siglos de permanencia, la Administración británica había precipitado su salida de la 'joya de la Corona', medida que iba a provocar una tragedia de inmensas proporciones.

En un clima de gran hostilidad, las minorías se apresuraron a abandonar sus hogares. Partieron a pie, en automóvil o camión, en carros de bueyes o atestados trenes, hacia la zona asignada a su confesión religiosa. En Pakistán, el flujo que se encaminaba hacia el este, en dirección a la India, se cruzaba con el de quienes pretendían llegar a las áreas atribuidas al control islámico.

El fenómeno global de la descolonización daba sus primeros pasos tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y, en el caso de la India, la turbulenta situación presagiaba un proceso catastrófico porque el común deseo de independencia iba parejo al peligroso incremento de las pugnas entre la mayoría hindú y la minoría musulmana. Unos y otros reclamaban la religión como seña de identidad.

Curiosamente, sus inspiradores no comulgaban con este concepto tan radical. El abogado ateo y racionalista Vinayak Damodar Savarkar acuñó el término 'hindutva' para explicar esa conciencia basada en la fe de la India tradicional, mientras que su colega el liberal Muhammad Ali Jinnah, creador de la Liga Musulmana, alentaba la creación de una nueva república basada en la confesión islámica, el denominado país de los puros, Pakistán. Entre ambos, clamando por un Estado laico e integrador condenado al fracaso, se hallaba el partido del Congreso, dirigido por Mahatma Gandhi y Jawarhalal Nehru, padre de Indira Gandhi.

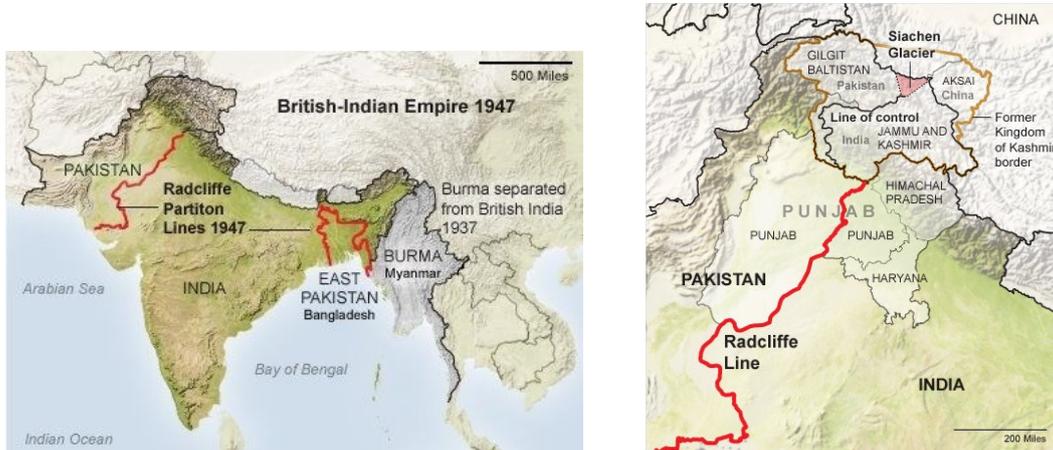


Muhammad Ali Jinnah, Jawarhalal Nehru y Mahatma Gandhi

El peor anticipo del caos llegó un año antes, el 16 agosto de 1946, en Bengala. La Liga organizó la huelga del Día de la Acción Directa como respuesta a la Misión de Gabinete del Reino Unido, organismo que negociaba la transferencia de poder con los principales representantes del país, siempre desde la perspectiva unitaria. Los líderes musulmanes convocaron una concentración en Calcuta, la capital de la Administración británica, y su capacidad para enardecer a las masas desembocó en el posterior saqueo de tiendas y el asesinato indiscriminado de hindúes. Las fotografías de la época muestran hileras de buitres acechantes ante calles atestadas de cadáveres.

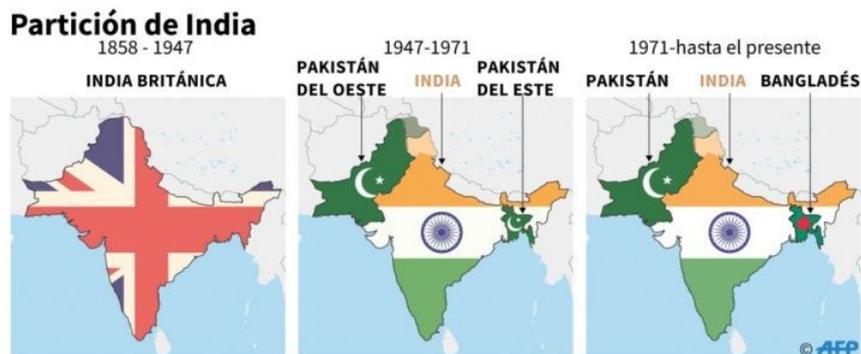
La violencia creció en espiral, nutrida por la información falaz de los sectarios medios de comunicación. Sus noticias alarmistas sobre terribles masacres espoleaban el espíritu de revancha, que se prolongó durante los meses

siguientes. El saqueo de un bazar era respondido por los participantes a un festival religioso asaltando un barrio musulmán y pasando a cuchillo a sus moradores.



UNA FRONTERA EN 30 DÍAS

La cartografía y una maraña de intereses políticos sentenciaron a millones de personas. La teoría de las dos naciones se abrió paso ante la convicción de que la retirada inglesa desembocaría necesariamente en un baño de sangre, Gandhi renunció a la unidad y Lord Mountbatten fue enviado a Delhi para agilizar el engorroso trámite, pero fue Cyril Radcliffe, director general del Ministerio de Información, quien asumió la mayor responsabilidad. Como presidente de la Comisión de Fronteras, hubo de trazar la división definitiva, la que segregaría territorios y poblaciones. No conocía el país y, bajo la presión de hindúes y musulmanes, pero sin el asesoramiento de Naciones Unidas o de las propias comunidades afectadas, dibujó los nuevos mapas en el sorprendente plazo de 30 días.



Las nuevas demarcaciones se conocieron públicamente dos días después de la declaración de independencia y las repercusiones fueron descomunales. El mayor éxodo de la historia se acompañó de una brutal estrategia de limpieza religiosa. Las milicias locales alentaron la huida en su búsqueda de homogeneidad y la llegada de forasteros exhaustos, con sus historias de agresión y desarraigo, fomentaron la aversión hacia el otro y el deseo de venganza.

Los refugiados musulmanes que llegaban a Sindh, en Pakistán, impulsaron la huida de la mayoría del colectivo hindú, formado por más de 1,4 millones de personas, mientras que la acogida de hindúes en Delhi encendió la animadversión hacia los vecinos musulmanes, una tercera parte de la población. Algunas fuentes hablan de 25.000 asesinados y 330.000 huidos de la ciudad. A principios de los años cincuenta, tan sólo representaban el 5% del total de habitantes de la vieja capital imperial.

BAÑOS DE SANGRE

El cólera, la disentería y la extenuación hicieron estragos en las columnas de fugitivos, aunque fue el odio el factor que mató más y más rápido. No se conoce el número exacto de víctimas. Se habla de entre 200.000 y un millón de muertos, pero el balance final pudo ser mucho mayor porque se desconoce el paradero final de cerca de dos millones de personas que se echaron a los caminos. Tampoco hay constancia del destino de muchas de las 50.000 mujeres musulmanas y 33.000 hindúes que resultaron violadas, aunque se teme que buena parte renunció a regresar con los suyos ante el miedo al repudio.



Convoy de sijs viajando hacia el Punjab (Margaret Bourke-White / LIFE)



Familia sij rumbo a un nuevo hogar (Margaret Bourke-White / LIFE)



Un convoy de musulmanes pasa ante los restos de una caravana (Margaret Bourke-White / LIFE)



Tren Delhi-Lahore con refugiados musulmanes (Henri Cartier-Bresson / MAGNUM)

Los ferrocarriles rebosantes se convirtieron en un símbolo de este intercambio humano. A mediados de los años cuarenta, el país contaba con más de cuarenta líneas y estos servicios, escoltados por militares, facilitaron la partida. Pero también se convirtieron en un símbolo del horror, de la ignominia, de la falta de compasión. El 25 de setiembre, un convoy que se dirigía al oeste fue atacado tan pronto alcanzó Amritsar, la capital sij. Las tropas hindúes que protegían al pasaje se inhibieron y tan sólo el oficial británico se opuso efectivamente a los asaltantes hasta que fue abatido. Unos tres mil viajeros, hombres, mujeres y niños, perecieron antes de que los vagones recuperaran la marcha durante la madrugada. La venganza fue cobrada con los trenes que partían de Lahore, en Pakistán, con cientos de hindúes y sijs degollados por turbas que los asaltaban cuando reducían la velocidad en las estaciones de paso.

Este baño de sangre no satisfizo las aspiraciones de ambos bandos. La independencia de India y Pakistán supuso, asimismo, el ocaso de los marajás, la máxima autoridad de los 600 Estados principescos que componían el subcontinente. El monarca de Cachemira, una de las zonas en disputa, pidió auxilio a India cuando las tropas pakistaníes intentaron invadir el valle y el Gobierno de Nueva Delhi exigió su incorporación política a cambio del apoyo militar. El conflicto civil o paramilitar derivó en lo que todos habían intentado evitar, una confrontación entre dos ejércitos, que se ha repetido en otras dos ocasiones. Es la última consecuencia del proceso, una herida que aún supura en forma de recelos y amenazas mutuas entre los dos colosos surgidos de la Partición.



Testimonio de Hardit y Bahadur Singh, hermanos sij que vivieron la Partición
<https://www.youtube.com/watch?v=7OVEiBI2CHY&feature=youtu.be>

UN POEMA PUNJABI SOBRE LA PARTICIÓN

Amrita Pritam (1919-2005), poeta y novelista punjabi, escribió acerca de la división de su país. Su poema más conocido es 'Ajj aakhaan Waris Shah un' ('Hoy invoco a Waris Shah'), en el que, al invocar a un sufí del siglo XVIII, el poeta punjabi Waris Shah, Amrita Pritam relataba el horror de la división en 1947 entre India y Pakistán.

Hoy invoco a Waris Shah, "Habla desde tu tumba"

Y pasa a la siguiente página de tu libro del amor.

Una vez, una hija del Punjab lloró y escribiste una saga de lamentos.

Hoy, un millón de hijas te llora, Waris Shah.

¡Levántate! ¡Oh narrador del duelo! Mira tu Punjab.

Hoy, los campos están llenos de cadáveres y la sangre llena el Chenab.

